

CONSTANTINO

Emperador bajo el signo de la Cruz



Constantino el Grande, según un fresco del siglo XII, en una iglesia de Capadocia.

Hace mil setecientos años, Constantino fue proclamado emperador por sus legiones en la localidad inglesa de York, que celebra el acontecimiento con una gran exposición. La extraordinaria difusión del cristianismo, y su vinculación al poder a partir del siglo IV, se deben en gran medida al decidido apoyo jurídico y político que él dio a esta religión, a la que se convirtió antes de morir

52. El primer emperador cristiano

José Manuel Roldán

60. Inglaterra romana

Michael Alpert

66. La implantación del cristianismo

Juan María Laboa

El primer emperador cristiano

CONSTANTINO

Mereció el calificativo de El Grande por la forma en que resolvió los gigantescos problemas del Imperio, sostiene **JOSÉ MANUEL ROLDÁN**, quien, sin dejar de reseñar sus excesos autoritarios, traza la semblanza del emperador que dio un formidable impulso al cristianismo

En el año 284, un militar de origen ilirio, Lucio Domicio Diocleciano, intentó, con un ingenioso sistema de gobierno –la llamada tetrarquía–, devolver la estabilidad institucional a un Imperio al borde del colapso después de casi un siglo de anarquía. Desde la segunda mitad del siglo II, pueblos exteriores presionaban sobre las fronteras de un Imperio que, tras alcanzar con Trajano su máximo límite de expansión, se veía obligado a replegarse a la defensiva, mientras se acumulaban en su interior problemas económicos y sociales, que la inestabilidad en el poder no hacía más que agravar. Decidido a devolver al Imperio su antigua grandeza, Diocleciano emprendió una vasta reforma política y administrativa que se encuentra en los orígenes de lo que se considera un nuevo período de la historia de Roma, el Bajo Imperio o Antigüedad tardía.

Desde un régimen político que hizo de la monarquía absoluta una institución de derecho divino, el emperador llevó a cabo una radical transformación de las propias estructuras del Imperio, cuyas unidades administrativas, las provincias, aumentadas en número, fueron agrupadas en doce diócesis, dependientes de unidades territoriales superiores, las prefecturas. Además de emprender una completa reorganización del sistema fiscal y poner los fundamentos de una

JOSÉ MANUEL ROLDÁN es catedrático de Historia Antigua, U.C.M.



Fragmento de la estatua colosal de Constantino que se conserva en el Museo Capitolino de Roma.

nueva estructura del ejército, Diocleciano trató de remediar un mal crónico del Estado romano, que, desde la propia instauración del sistema imperial con Augusto, sacudía intermitentemente sus cimientos: la inestabilidad política, agravada al afectar a una inmensa extensión territorial. Por efecto de la ausencia de unos principios válidos de transmisión del poder, resueltos en cada ocasión con soluciones más o menos afortunadas y duraderas –sucesión dinástica, adopciones, pronunciamientos, en muchos casos violentos, de la guardia pretoriana o de

ejércitos provinciales–, los últimos cien años habían visto la desaparición de muchos emperadores, víctimas de conjuras de palacio o de sangrientas disputas con otros pretendientes. Para prevenir posibles usurpaciones, Diocleciano asoció al trono a uno de sus compañeros de armas, Maximiano, al que ofreció compartir el título de Augusto y el gobierno colegiado del Imperio, bajo los fundamentos ideológicos de una nueva teología política, que proclamaba el origen divino de ambos emperadores, como descendientes, respectivamente, de Júpiter, divinidad suprema romana, y Hércules, un semidiós, mostrando con ello implícitamente el papel primordial de Diocleciano en el sistema de la tetrarquía. Y ambos Augustos adoptaron a su vez, como auxiliares, a dos Césares, elegidos exclusivamente por sus méritos personales. Diocleciano, en Nicomedia, nombró a Galerio; Maximiano, en Milán, a Constancio Cloro.

Quedaba así establecido el sistema de la tetrarquía, cuya dimensión ideológica se reforzó con la asunción por parte de ambos Césares de los respectivos títulos de Jovianus y Herculinus, que debía transmitir la idea de filiación espiritual con sus correspondientes Augustos, y con uniones matrimoniales: Galerio desposó a la hija de Diocleciano; Constancio tomó por esposa a Teodora, una hijastra de Maximiano. La coparticipación en el poder de los cuatro dinastas se materializó en una distribución de los territorios



Cabeza de la estatua colosal de Constantino, proclamado emperador por sus soldados, en el año 306 (Roma, Museo Capitolino).

del Imperio donde habían de ejercerlo: Diocleciano se reservó el gobierno de Oriente, con Egipto y Asia Menor, mientras su César, Galerio, administraba Grecia y las provincias danubianas; Maximiano se responsabilizó del Occidente del Imperio, cediendo a Constancio el gobierno de las Galias, Britania y quizás Hispania.

En la mente de su fundador, la tetrarquía debía asegurar un relevo pacífico del poder, mediante la renuncia en un momento determinado de los dos Augustos en favor de sus respectivos Césares, quienes, a su vez, deberían nombrar nuevos sucesores. Así, el 1 de mayo de 305, Diocleciano, después de veinte años de gobierno agotador, decidió renunciar al poder y convenció a Maximiano a una abdicación conjunta para promover al rango de Augustos a Galerio y Constancio, que asociaron al trono, como Césares e hijos adoptivos, el primero, a su sobrino Maximiano Daya, y el segundo, a un amigo de Galerio, Severo. En realidad, fue Galerio el verdadero sucesor de Diocleciano, a quien debían su poder tanto Daya como Severo, mientras Constancio, ocupado en la administración de los territorios que le habían sido asignados, se mantenía al margen. Pero los nuevos nombramientos habían dejado de lado a Majencio, hijo de Maximiano, y a Constantino, hijo de Constancio. La intención de Diocleciano de resolver los problemas políticos del Imperio mediante la garantía de un sistema ordenado de sucesión se reveló como utópico y el relevo de poder no pudo resistir siquiera la primera prueba, ahogado en la sangre de las destructivas querellas, que el artificioso sis-



Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio, los cuatro miembros de la tetrarquía (Venecia, Basílica de San Marcos).

tema precisamente había tratado de evitar, de quienes se consideraban lesionados en sus derechos sucesorios.

La crisis del sistema tetrárquico

Flavio Valerio Constantino había nacido hacia 280 en la localidad serbia de Naïssus (Nisch). Su madre, Elena, una moza de postas, había sido tomada como concubina por Constancio en los inicios de su carrera militar. Y aunque se vio obligado a

abandonarla tras el arreglo matrimonial con la hijastra de Maximiano, tomó a su cargo al hijo, que fue educado en Nicomedia ante los vigilantes ojos de Diocleciano, bajo el que sirvió como tribuno militar. Tras la abdicación de Diocleciano, continuó prestando servicios militares a Galerio, combatiendo a los sármatas, pero su padre, Constancio Cloro, sintiendo que se aproximaba su fin, pidió a Galerio que se lo enviara a Britania, donde a la sazón se hallaba luchando contra los pictos. Constantino acompañó a su padre en la última campaña victoriosa contra los bárbaros escoceses. Cuando Constancio murió, en el campamento de Eburacum (York), sus tropas le proclamaron Augusto, el 25 de julio del año 306. Para prevenir la usurpación, Galerio se avino a concederle a regañadientes la dignidad de César con autoridad sobre la Galia y Britania, mientras Severo era promovido al rango de Augusto. El arreglo se demostró inútil, por la aparición de un nuevo protagonista en la escena política. Se trataba de Majencio, el hijo del colega de Diocleciano, Maximiano, residente como simple particular en Roma y a quien la guardia pretoriana con el concurso de la plebe urbana proclamó emperador. Severo acudió a taponar la brecha abierta en el sistema, pero la intervención del propio Maximiano le llevó a la derrota y poco después a la muerte. Constantino fue reconocido como Augusto por Maximiano y selló con el viejo emperador una alianza matrimonial casándose con su hija Fausta. Por su parte, Majencio olvidó pronto los servicios de su padre hasta el punto de obligarle a huir al lado de Constantino, mientras una nueva rebelión desgajaba el occidente de

CRONOLOGÍA

55 a.C. Julio César cruza el Canal y desembarca en Inglaterra.

43 d.C. Un siglo después, el emperador Claudio decide conquistar la isla de Britania, cuando un caudillo local le pide ayuda frente a sus rivales.

51. Claudio pasa 16 días en Britania, celebrando la victoria sobre las poblaciones ganadas para el Imperio.

61. Se suicida la reina Boadicea, que había liderado la resistencia contra los romanos.

77. Julio Agrícola comienza su mandato de seis años como gobernador de Britania.

117. Muerte de Trajano, bajo cuyo reinado se abandonó Escocia. Años después, Adriano decidió construir el Muro de su nombre, de 110 kilómetros de extensión, para contener a los salvajes de Escocia.

284. Diocleciano pone en marcha la tetrarquía para devolver estabilidad institucional al Imperio.

280. Constantino nace en la localidad serbia de Naïssus.

305. El 1 de mayo, Diocleciano renuncia al poder y convence a



Moneda de Constantino con el **anagrama de Cristo** (Munich).

Maximiano para que haga lo mismo. Ambos promueven al rango de Augustos a Galerio y Constancio.

306. El 25 de julio, las tropas proclaman emperador a Constantino en el campamento de Eburacum (York).

311. Edicto de Tolerancia, publicado en Sárdica.

312. En primavera, el ejército de Constantino atraviesa los Alpes y derrota en Turín y Verona a las tropas de Majencio. El 28 de octubre, tiene lugar una batalla decisiva en el



La Batalla de Puente Milvio, en la que Constantino derrotó a Majencio enarbolando el anagrama de Cristo, fresco de Giulio Romano, 1525.

África cuando el viejo Domicio Alejandro fue proclamado Augusto por sus tropas.

El caos que amenazaba de nuevo con colapsar el Imperio obligó a Diocleciano, retirado en su palacio de Salona, a regresar al poder y a presidir en el año 308 un congreso de emperadores en la ciudad danubiana de Carnuntum, cerca de Viena, para intentar reorganizar la cúpula del Imperio. Diocleciano convenció a Maximiano que abdicara con él, mientras Galerio nombraba a otro Augusto, Licinio. Constantino y Maximino Daya fueron reconocidos Césares; Majencio y Alejandro, declarados rebeldes. El arreglo no fue satisfactorio: Constantino y Daya, descontentos con el título de Césares, lograron finalmente de Galerio su reconocimiento como Augustos. Seis Augustos presidían ahora el Imperio.

Tras la desaparición de Maximiano y Galerio en los años siguientes, los dinastas supervivientes intentaron un juego de alianzas para reafirmar sus respectivas posiciones: el acercamiento de Constantino y Licinio fue contestado con una coalición de Daya y Majencio. Y en el Occidente, mientras Constantino se apoderaba de Hispania, Majencio arrebató África al usurpador Alejandro. La falta de entendimiento entre los dos Augustos de Occidente no dejaba otra alternativa que la guerra y fue Constantino quien tomó la iniciativa. En la primavera de 312, el ejército de Constantino atravesó los Alpes y derrotó en Turín y Verona a las tropas de Majencio. Abierto el camino hacia Roma, en sus cercanías esperaba Majencio con el grueso de sus fuerzas.

Fue durante esta campaña de 312 cuan-

do se produjo el acontecimiento capital que iba a cambiar la faz del mundo antiguo: la conversión de Constantino al cristianismo. Pocos hechos históricos han estado más cargados de consecuencias, pocos han suscitado tantos comentarios y discusiones, pocos han provocado tantas leyendas. Según Lactancio, la víspera de la batalla decisiva, Constantino recibió en sueños la orden de pintar sobre los escudos de sus soldados un emblema celeste consistente en un monograma compuesto de las letras *chi* (X) y *rho* (P), las dos primeras letras de la palabra *Christos*. El propio Constantino confirmó a Eusebio de Cesarea en los últimos años de su vida y bajo juramento la realidad del hecho, adornado con inverosímiles detalles: la aparición en el cielo por poniente de una cruz luminosa con las palabras *en*

Puente Milvio, que acaba con la victoria de Constantino y la muerte de Majencio.

313. Maximino Daya se suicida tras su derrota en Hadrianópolis.

Ese mismo año, Constantino y Licinio se reúnen en Milán para analizar la nueva situación política y celebrar la boda de Licinio con una hermana de Constantino.

Proclamación del Edicto de Milán.

314. Concilio de Arlés.

315. A partir de este año, las

monedas comienzan a exhibir símbolos cristianos.

321. Se promulga la ley dominical, que ordena el descanso de los tribunales y el cese de los trabajos manuales en ese "día venerable".

324. Licinio es vencido en Crisópolis, se rinde y es ajusticiado.

325. Se celebra el Concilio de Nicea, del 20 de mayo al 25 de agosto, con la participación de 250 obispos.

Constantino ordena al obispo de Jerusalén, Macario, que el Santo Sepulcro se convierta en

el edificio más extraordinario del todo el Imperio.



Constantino, **coronado por la mano de Dios** (Viena).

Ese mismo año, Eusebio de Cesarea, consejero áulico de Constantino, elabora una teoría que relaciona de forma estrecha el poder terrenal y el divino.

330. Constantino decide reconstruir Bizancio y llamarla con su propio nombre: Constantinopla, consagrada el 11 de mayo.

337. Constantino muere en esta ciudad.

361-363. Fallida ofensiva de Juliano el Apóstata para restablecer el paganismo.



Constantino es bautizado por el papa san Silvestre. Fresco románico de 1246 que se conserva en la Capilla de San Silvestre, en Roma.

toúto víka (in hoc signo vinces, “con este signo vencerás”) y, a la noche siguiente, la del propio Cristo invitándole a elaborar un estandarte, el *labarum*, con el citado monograma.

El 28 de octubre de 312, en el Puente Milvio, tuvo lugar la batalla decisiva, que acabó con la victoria de Constantino y la muerte de Majencio. Unos años después, el arco de triunfo levantado por el Senado en el Foro romano para conmemorar la victoria, proclamaría que Constantino

CON CONSTANTINO, LA IGLESIA SE HIZO RICA EN POCO TIEMPO Y AUMENTÓ EL NÚMERO DE CRISTIANOS EN LAS CLASES MEDIAS Y ALTAS

había vencido gracias a una inspiración divina, *instinctu divinitatis*.

Por su parte, en Oriente, el suicidio de Maximino Daya en 313, tras su derrota en Adrianópolis, dejaba a Licinio único dueño del poder. Poco antes se había producido un encuentro de Constantino y Licinio en Milán, en el que se acordaron medidas para restablecer la paz religiosa en el Imperio: el conocido como Edicto de Milán proclamaba la libertad de con-

ciencia y devolvía sus propiedades a las comunidades cristianas, fuertemente castigadas en las últimas persecuciones.

El emperador y la Iglesia

Los motivos y carácter de la conversión de Constantino han sido objeto de múltiples controversias. Es difícil penetrar en los sentimientos íntimos de las personas y todavía más hacerlo a través de una información partidista y tendenciosa. Sólo es posible seguir la actitud de Cons-

tantino ante el hecho religioso, que experimenta una clara evolución. Como miembro del sistema tetrárquico, participó, en su condición de Herculius, de la ideología religiosa que lo sustentaba. Más tarde, fue ferviente devoto del culto al Sol-Apolo y todavía durante algunos años, después de la victoria en el Puente Milvio, se siguieron emitiendo monedas en honor del *Sol invictus*. Es muy posible que el credo religioso del emperador hu-

biese evolucionado, a través de una fase de sincretismo en la que identificaba la divinidad suprema de los cristianos con el Sol, hasta considerarse un fiel de la potencia divina venerada por la Iglesia cristiana. Sólo a partir de 315 y, sobre todo, en fechas posteriores, las monedas ofrecen símbolos cristianos, como exponentes de su acercamiento al cristianismo. Después de 324, era ya realmente cristiano, como ponen de manifiesto sus decisiones políticas. Así se desprende de sus expresiones de gratitud al Dios de los cristianos que le había concedido la victoria, de sus recomendaciones a sus súbditos para que abrazasen la nueva fe, de sus reproches a los soldados que aún realizaban sacrificios en honor de Júpiter Capitolino, de su prohibición a los funcionarios de inmolar a los dioses. Pero sólo en el lecho de muerte abrazó la fe cristiana, de manos de un obispo arriano, Eusebio de Nicomedia.

Constantino favoreció claramente a las comunidades cristianas, mientras su actitud hacia los paganos, que constituían aún la gran mayoría de sus súbditos, se fue haciendo cada vez más rígida: ordenó la demolición de algunos templos famosos, la expoliación de sus tesoros y la confiscación de sus tierras. En cambio, dispuso la restitución a la Iglesia católica de todos los bienes confiscados durante las persecuciones, eximió de las cargas públicas a todos los clérigos, reconoció la validez de los tribunales eclesiásticos y mandó edificar un número considerable de iglesias. Hasta entonces, los cristianos eran, en la mayor parte del Imperio, una pequeña minoría, perteneciente sobre todo al estrato inferior de las clases medias urbanas. Las iglesias, aunque contaban con algunas propiedades, no eran ricas y el clero estaba constituido por gente humilde. La situación dio un vuelco con la conversión del emperador. La Iglesia se hizo rica y el número de cristianos aumentó, especialmente en las clases medias y altas. En poco tiempo, el cristianismo se convirtió en la religión dominante del Imperio.

Tensión entre Dios y el César

La conversión del emperador produjo una revolución en el destino del cristianismo y de la Iglesia, pero también planteó las bases de un problema que iba a pesar sobre el Imperio durante el resto de su existencia, el de la relación entre un



Tapa de sarcófago del siglo IV que representa un **banquete en el que los comensales se disponen a compartir un pez**, símbolo del cristianismo.

emperador cristiano y la Iglesia. El emperador consideró como uno de sus más sagrados deberes proteger a la iglesia “católica”, es decir, universal en cuanto legalmente reconocida por el Estado, junto con su patrimonio espiritual y doctrinal. Este patrimonio, común a la mayor parte de las distintas iglesias locales, era considerado como “ortodoxo”, esto es, el único que podía llamarse heredero directo de las enseñanzas de Cristo. Según Eusebio de Cesarea, Constantino se denominaba *epískopos ton ektós*, “obispo de aquellos de fuera”, una expresión que ha sido objeto de diversas discusiones. La explicación más usual, dentro del cuadro de los conceptos ideológicos de Constantino, es que esta expresión resultaba

muy útil para reforzar el papel del emperador y establecer las diferencias con la tarea de la Iglesia: si los *epískopoi* eran supervisores de las iglesias, de los clérigos y de sus cometidos, el emperador era *epískopos*, el “supervisor” que debía atender a las necesidades de la comunidad, incluidas las de “aquellos que están fuera” de la organización eclesiástica. Pero durante la evolución del cristianismo habían surgido numerosos movimientos, marginales respecto a esta corriente católica, conocidos como “herejías”, que proponían distintas interpretaciones a los principios fundamentales de la fe. Durante el reinado de Constantino, el donatismo y el arrianismo representaban los grupos heréticos más importantes. El pri-

mero era un movimiento cristiano africano, de fuerte contenido social y rigorista, que consideraba indigno de pertenecer a la Iglesia a todo clérigo que durante las persecuciones hubiese entregado, siguiendo el mandato de las autoridades, los libros sagrados. En cuanto al arrianismo, predicado por Arrio, un clérigo de Alejandría, atacaba el fundamental principio de la Trinidad: frente a Dios Padre, uno y eterno, no engendrado, el Hijo o Logos (*Verbum*, en latín, es decir, la Palabra) sería la primera de sus criaturas y en consecuencia hubo un tiempo en que no existió, mientras daba al Espíritu Santo el carácter de primera de las criaturas del Logos. En consecuencia, las tres Personas eran desiguales y, sobre todo,

IMPUESTOS RECAUDADOS A LATIGAZOS

Constantino continuó derrochando el producto de los impuestos en larguezas, que otorgaba sin darse cuenta a individuos indignos e inútiles, mostrándose odioso cara a los contribuyentes y enriqueciendo, por el contrario, a aquellos que no servían de nada; porque confundía prodigalidad y liberalidad. Impuso, además, la contribución del oro y la plata a todos aquellos que transportaban las mercancías a través del mundo, lo mismo que a los comerciantes establecidos en las ciudades, incluidos

los más modestos, sin permitir siquiera que las desgraciadas cortesanas fueran exoneradas de este impuesto. Así, cuando se acercaba cada cuatro años el momento de percibir este impuesto, se podía ver la ciudad llena de lamentaciones y quejas, y, cuando llegaba el vencimiento, el espectáculo de los latigazos y las torturas infligidas a aquellos cuya extrema indigencia impedía pagar su deuda; entonces las madres vendían a sus hijos, los padres prostituían a sus hijas, y, de las ganancias que sacaban, tenían que

aportar el dinero a los preceptores del *crysargyrum*... Además, hizo recensar los bienes de los clarísimos y les impuso una contribución, a la que dio el nombre de *follis*. Tales tasas agotaron completamente a las ciudades. En efecto, como se continuó exigiéndolas todavía largo tiempo después de Constantino, y las riquezas de las ciudades disminuyeron poco a poco, la mayor parte se vaciaron de habitantes.

Zósimo, *Historia Nueva*, 11, 38.



Medallón de cinco áureos de Constantino, que le representa como cónsul, portando un cetro con cabeza de águila. En el reverso, ayuda a levantarse a **la provincia de Britania** (Londres).

se cuestionaba la naturaleza divina de Cristo.

Si, en el caso del donatismo, Constantino se contentó con movilizar el aparato político-administrativo de África e intentó una política de conciliación, la doctrina arriana, considerada extremadamente peligrosa para la unidad de la fe, obligó al emperador, seguramente aconsejado por el obispo hispano Osio de Córdoba, a una medida sin precedentes en la historia del cristianismo: la convocatoria de un concilio “ecuménico”, es decir, universal, en el palacio imperial de Nicea, que se celebró del 20 de mayo al 25 de agosto de 325, con la participación de 250 obispos. En esa ocasión, los padres conciliares redactaron el Símbolo o Credo de Nicea, sustancialmente idéntico al que todavía hoy recitan los católicos de todo el mundo, que establecía doctrinalmente la misma naturaleza para Padre e Hijo. Pero no todos los obispos y fieles aceptaron esta doctrina y el arrianismo pervivió en el tiempo, confrontado a la Iglesia católica, especialmente entre los bárbaros visigodos, ganados a la fe arriana, más allá de la propia existencia del Imperio.

La fundación de Constantinopla

La actitud de Constantino desde sus dominios de Occidente con respecto a la Iglesia, convertida en factor real de poder, no encontró correspondencia en Oriente, donde su colega Licinio resolvió romper con la política religiosa pactada en Milán con una suerte de persecución contra los cristianos, que fueron alejados de la Corte, del ejército y de la administración y, en ocasiones, víctimas de violencias sangrientas. Si no como cruzada

religiosa, el ataque de Constantino a Licinio se emprendió bajo la protección del lábaro, el estandarte imperial con el monograma de Cristo, frente a las insignias paganas de su oponente. Licinio, vencido en Crisópolis, en el 324, se rindió y poco después era ajusticiado; Constantino restablecía en su favor de nuevo la unidad del Imperio.

Fue tras la derrota de Licinio cuando Constantino materializó la idea de reconstruir Bizancio, ocupada en la guerra, y darle su nombre. Constantinopla, consagrada el 11 de mayo del 330, nacía así como una “nueva Roma” cristiana, en una extraordinaria posición estratégica, en el punto de encuentro entre Europa y Asia y entre el mar Negro y el Mediterráneo. En la decisión concurrían un buen número de factores y, entre ellos, y no los menos importantes, de índole religiosa. Frente a una Roma predominantemente pagana, con un Senado en su mayoría anclado a las viejas creencias y poco dispuesto a secundar la política filocristiana del emperador, Constantino convertiría la ciudad del Bósforo en residencia imperial con un nuevo Senado, cuyos miembros, casi todos fieles cristianos, estarían dispuestos a colaborar con entusiasmo en las iniciativas imperiales. Pero también existían razones estratégicas y económicas. Hacía mucho tiempo que Roma se encontraba en una posición excéntrica respecto a los problemas de defensa del Imperio y su importancia económica había decaído frente a la riqueza y dinamismo de la zona oriental. La ciudad, engrandecida y embellecida con suntuosos edificios, sobre el modelo de Roma, emprendió así una nueva etapa de su larga historia como capital de un Imperio

cristiano, al que sólo los turcos en 1453 pondrían fin para convertirla en Estambul.

En Constantinopla pasaría el emperador los últimos años de su vida, hasta su muerte en 337, absorbido en las arduas cuestiones de orden eclesiástico y teológico que planteaba el inquieto Oriente, mientras confiaba cada vez en mayor medida a sus hijos la administración y la defensa militar del Imperio. Con su designación, uno tras otro, como Césares, el emperador dejó manifiesta su voluntad dinástica, que iba a mantener en el entorno de su familia los destinos del Imperio durante buena parte del siglo IV.

La reforma del ejército

Un Imperio a cuyas puertas septentrionales hacía mucho tiempo que llamaban con violencia las tribus bárbaras: francos y alamanes en Occidente, godos y sármatas en Oriente exigieron la atención constante de unas fuerzas militares, a las que Constantino, según unas líneas maestras ya dibujadas en el siglo III, adaptó a las nuevas necesidades del Imperio. Frente a las tropas de *limitanei*, es decir, el ejército acantonado en aldeas, fortines y castillos a lo largo de las fronteras, Constantino desarrolló un nuevo ejército de maniobra –las tropas comitatenses–, a disposición inmediata del emperador, que por su preparación, adiestramiento y movilidad resultaban más eficientes y contaban con mayor capacidad operativa allá donde hubiera que taponar brechas abiertas por la presión de los bárbaros. Pero los bárbaros no eran sólo enemigos. Constantino incorporó importantes contingentes de tropas auxiliares bárbaras y, como en ocasiones se le achaca con exageración, “abrió el Imperio a los bárbaros”, permitiendo el establecimiento dentro de sus fronteras de cientos de miles de refugiados, como colonos agrícolas.

Los ingentes costes de mantenimiento de este ejército numeroso, pero también los privilegios fiscales dispensados a la Iglesia y al clero, los cuantiosos gastos en la construcción de la nueva capital, las crecientes necesidades de la administración y la propia prodigalidad del emperador y de su familia debían repercutir irremisiblemente en el crecimiento desmesurado del gasto público y en el consiguiente endeudamiento del tesoro imperial.

Para intentar hacer frente a todos estos gastos, el Estado hubo de recurrir a la crea-

ción de nuevos impuestos, que sólo agravaron los males económicos que aquejaban al Imperio, en buena medida causados por el sistema monetario, basado en una conciliación imposible entre la moneda fraccionaria, utilizada en las pequeñas transacciones, y la de oro. Constantino hizo acuñar una nueva pieza de oro, el *solidus*, que se mantuvo constante en peso y ley, frente a la moneda corriente de plata y cobre, que, acuñada en gran cantidad, fue abandonada a su suerte.

Estas medidas monetarias tuvieron una fuerte repercusión en la sociedad. El *solidus*, nuevo patrón del sistema monetario, contribuyó a facilitar las operaciones comerciales, pero favoreció económicamente sólo a aquellos que lo poseían—grandes propietarios y comerciantes, altos funcionarios y jerarquía militar y eclesiástica—, mientras las clases humildes se vieron obligadas a soportar los inconvenientes de una moneda divisional cada vez más depreciada. De este modo, el abismo económico social entre ricos y pobres (*bonestiores* y *humiliores*) se fue agrandando progresivamente.

El intervencionismo estatal

Constantino se vio obligado a practicar un intervencionismo asfixiante para subvenir a las crecientes necesidades del Estado. Para lograr un control eficaz que garantizara la recaudación de impuestos y la prestación de trabajos públicos gratuitos (los *munera*), se aplicó un rígido sistema de censo y empadronamiento, cuya consecuencia fue la adscripción de la población del Imperio a su puesto de trabajo, a través de corporaciones artesanales y colegios profesionales, que incluso adquirieron carácter hereditario. Pero fue sobre todo en el campo donde más cruelmente se hicieron sentir las nuevas circunstancias. El campesino, que como colono trabajaba en los latifundios de los poderosos, fue ligado a la tierra por una legislación cada vez más rigurosa, que terminó convirtiendo a estos agricultores libres en siervos de la gleba y creó las condiciones en las que se asentaría la economía medieval.

Con Constantino se llevaron a término las grandes transformaciones de las estructuras administrativas del Imperio, iniciadas con Diocleciano. Al término de esta compleja evolución, el Estado se configuró como una gigantesca burocracia, dominada por una vasta categoría de funcionarios al frente de la justicia, de la or-



San Pablo y san Pedro visitan a Constantino en un sueño, durante su enfermedad, para aconsejarle que recurra a san Silvestre (fresco de la Capilla de San Silvestre, Roma).

ganización fiscal, de las estructuras políticas y militares, en suma, del conjunto del aparato estatal, una categoría improductiva, cuyo aumento creciente, impulsado por las necesidades de un control cada vez más rígido, se convirtió en un factor más de la crisis del Estado. Así quedó configurada la sociedad del Bajo Imperio. Una sociedad piramidal, en cuyo vértice se aupaban el emperador y las clases dirigentes—senadores, altos funcionarios y jerarquía eclesiástica— y cuya base descansaba sobre las masas populares, abrumadas por el peso de los tributos y la crisis económica.

Constantino el Grande

No es fácil ofrecer un juicio ponderado sobre la figura del primer emperador cristiano. Desde sus comienzos dio prueba de su capacidad militar y de su sentido político en las difíciles condiciones del sistema tetrárquico. Puso al servicio de sus ambiciones una viva inteligencia y una voluntad tenaz. Pero incluso sus apologistas le reprochan graves defectos, como su prodigalidad y su gusto desmesurado por las alabanzas. Poco cultivado, orgulloso

e impresionable, se sometió dócilmente a la influencia de su entorno y se dejó arrastrar por la cólera a cometer las peores violencias. Se le responsabiliza de la muerte de muchos de sus parientes: su suegro Maximiano, su cuñado Licinio, su hijo Crispo, su esposa Fausta. Si sus defensores subrayan su equidad y su incansable búsqueda de la verdad, que le llevó finalmente a abrazar el cristianismo y a subordinar toda su conducta a las nuevas creencias, también hay detractores que le consideran, ante todo, un político, que sólo vio en la religión un medio de gobierno, un astuto calculador, que abrazó el cristianismo sólo para utilizarlo. Pero más allá de indemostrables juicios sobre carácter, sentimientos o motivaciones personales, la directa influencia de Constantino sobre el Estado dio una nueva dimensión al Imperio, le proporcionó las estructuras que permitieron su existencia todavía durante siglo y medio en Occidente y aseguró su pervivencia en Oriente hasta el siglo XV. El calificativo de Grande con el que ha pasado a la Historia está, pues, justificado. ■

Inglaterra

ROMANA

Las huellas de la presencia romana en Inglaterra, como la estructura de la red de carreteras y el Muro de Adriano, siguen visibles hoy. **MICHAEL ALPERT** recuerda la conquista y colonización de la isla, la gira triunfal de Claudio y, sobre todo, la proclamación de Constantino como emperador en York

Cuatro años después de haber empezado la conquista de la Galia, Julio César contemplaba ya, desde la costa del canal de la Mancha (*Oceanus Britannicus*), los acantilados blancos de Dubris (Dover), en la costa sudeste de Britania. El jefe romano tendría más éxito en conquistar Britania que Napoleón Bonaparte en 1803 o, en 1940, los entorchados generales alemanes, a los que una célebre fotografía muestra contemplando la costa inglesa desde una playa francesa.

A pesar de la persistente capa de nubes que la cubría, Britania estaba bien comunicada con el continente europeo. Julio César sabía que la isla, a cuyos habitantes llamaba *britannii*, poseía ricos yacimientos minerales, sobre todo el estaño que hacía siglos que los habitantes vendían a Cartago, el gran enemigo, ya vencido, de Roma. Quizás con mayor trascendencia, era preciso imponerles a las tribus de Britania respeto hacia Roma, para que desistiesen de enviar a sus guerreros a través del Canal para luchar junto a los galos contra las legiones latinas.

En consecuencia, la noche del 25 de agosto del año 55 a.C., Julio César cruzó el Canal con diez mil soldados en ochenta barcos. Las tribus del sur de Britania, advertidas de la llegada de los romanos, se habían apostado en masa a lo largo de los acantilados. A cualquier enemigo, sal-



Mosaico con un toro marino que se conserva en York. Los romanos pisaron Britania por primera vez en 55 a.C.

vo los romanos, los *britannii*, peludos, barbudos y pintados del azul que obtenían de la hierba glasto, le hubieran inspirado horror y espanto semejantes a lo que hoy inspira la invasión de una horda de hinchas futbolísticas, emitiendo gri-

tos incomprensibles y amenazadores, acompañados de gestos obscenos. Incluso los legionarios romanos temblaron hasta que uno, más atrevido que sus compañeros, se lanzó al mar. El espíritu de cuerpo y la disciplina militar triunfaron. Después de conseguir subir a la cima de los acantilados, los romanos establecieron una cabeza de puente y avanzaron tierra adentro. La invasión, sin embargo, no representaba más que una expedición exploratoria. Julio César resolvió volver el verano siguiente, mejor pertrechado, para efectuar la conquista.

La llegada de Julio César

En julio de 54 a.C., cargados con cincuenta mil soldados de infantería y dos mil de caballería, los barcos romanos volvieron a aparecer de entre las brumas matinales. Julio César desembarcó, esta vez en una parte menos accidentada de la costa, y avanzó en dirección norte hasta vadear el río Támesis, en Brentford (la palabra inglesa *ford* significa vado), hoy barrio del oeste de Londres. Unos cuarenta kilómetros más al norte, derrotó a los *catuvelauni*, la tribu más poderosa del sur de Britania. Tomando prisionero al jefe, Cassivellaunus, el general romano regresó a su base para pacificar a los galos que, en su ausencia, se habían sublevado.

Las expediciones romanas a Britania de 55 y 54 a.C. sólo se justificaban por las ambiciones políticas de Julio César. Con ellas, el futuro dictador aumentaba su prestigio político, reteniendo el mando

MICHAEL ALPERT es historiador, Universidad de Westminster.



Torre poliédrica en la esquina suroccidental de las **defensas de la fortaleza romana de York**, la ciudad donde Constantino fue proclamado emperador.



Dibujo central con **alegoría del cristianismo** de un mosaico conservado en Hinton Saint Mary, Dorset, realizado a mediados del siglo IV, Londres, Museo Británico.

militar otros cinco años. Ahora bien, para el año 43 d.C., los *catuwellauini*, ya establecidos en su nueva capital de Camulodunum (Colchester, a unos sesenta kilómetros al este de Londres), dominaban la mayor parte del sur de Britania. Uno de los reyezuelos británicos, privado de su reino por los hijos de Cassivellaunus, pidió ayuda a Roma, lo que ofreció al em-

perador Claudio un pretexto para la conquista de Britania.

Cuatro legiones, más un número igual de tropas auxiliares, bajo el mando de Aulo Plautio, desembarcaron en la costa del condado de Kent, derrotando al enemigo en el río Medway. Los *britannii* se retiraron al norte del Támesis, encerrándose en Camulodunum. Las fuerzas pri-

mitivas de los *britannii* no podían combatir contra un ejército moderno como el romano. Las legiones se hicieron con el sureste (Cantium, hoy condado de Kent), Londres (Londinium, lugar del que los romanos hicieron su capital) y Camulodunum. Aulo Plautio invitó entonces al emperador Claudio a efectuar un desfile triunfal a la cabeza de sus legiones, montado en un elefante para impresionar a los *britannii*. El último rey de los Catuwellauini, Caractacus, huyó al oeste, hacia las regiones salvajes del país de Gales, pero para el año 51 fue hecho prisionero y exhibido en Roma. En el arco triunfal de Claudio, en Roma, se inscribió que el emperador había obligado a siete reyes *britannii* a rendirse, aunque el historiador Suetonio sugiere que fue sólo su propia vanidad lo que llevó a Claudio a ordenar la expedición a Britania.

Lujo para los funcionarios

Claudio, cuyo triunfo le animó a llamar Britannicus a su hijo, pasó dieciséis días en Britania antes de regresar a Roma. Las legiones marcharon luego en diferentes direcciones. Una llegó hasta Lindum (Lincoln), desde donde la carretera llamada Fosse Way, que todavía da su nombre a diversas calles y carreteras en diferentes sitios, se había construido para establecer una ruta directa a los campamentos de Calleva Atrebatum (Cirencester) y a Lindinis (Ilchester). Desde Lincoln, las legiones avanzaron a Eboracum (York). En el noroeste, se estableció el campamento de Deva (Chester), y desde Glevum (Gloucester, en el sureste), las legiones invadieron el País de Gales, construyendo Venta Silurem (Caerwent) y Verulamium –Saint Albans, pequeña ciudad muy rica en restos romanos, a veinticinco millas al norte de Londres–, mientras Aqua Sulis (Bath, es decir, baño), de cuyas fuentes todavía mana agua caliente, ofrecía cómodo sitio de descanso para los funcionarios imperiales.

El dominio romano fue duro y cruel. Los fuertes impuestos, administrados por funcionarios despóticos, provocaban levantamientos, de los cuales el más conocido es el de Bodicca o Boadicea, reina de los *iceni*, tribu del este del país. Ella misma había sido flagelada por los romanos y había presenciado la violación de sus hijas. En su sublevación –la leyenda cuenta que la reina conducía su

ESPECTÁCULOS Y MOLICIE

Constantino llevó también a efecto otra medida que proporcionó a los bárbaros vía libre a los territorios sometidos al dominio romano. Diocleciano, ciertamente, en su previsión, conforme al modo que hemos expuesto antes, había dotado de ciudades, de castillos y de torres todas las fronteras del Imperio y todo ejército estaba acuartelado en ellas. De esta forma, se impedía el paso a los bárbaros, dado que en todos los lugares había fuerzas preparadas para rechazar sus asaltos. Constantino, suprimiendo esta garantía y retirando de las

fronteras la mayor parte de los soldados, que acabaron siendo instalados en ciudades que no tenían necesidad de protección, privó de protección a aquellos otros y sometió al azote de la soldadesca a las ciudades que vivían en paz. Por esta causa, la mayor parte llegó a estar desierta en adelante y los soldados, entregados a los espectáculos y a la vida cómoda, cayeron en la molicie. En una palabra, fue (Constantino) el origen y el germen de la ruina del Estado, que todavía hoy nos golpea.

Zósimo, *Historia Nueva*, II, 34.



Constantino en una carroza tirada por centauros, con el rayo de Júpiter en su mano y miembros de su familia. Camafeo conservado en Utrecht.

propia cuadriga, flotando al viento sus rojas guedejas-, Boadicea destruyó Verulamium, Camulodunum y Londinium, principales ciudades romanas del sur del país, masacrando a sus habitantes y, casi, aniquilando una legión entera. La venganza del mando romano Paulino Suetonio fue terrible y Boadicea terminó suicidándose en el año 61 d.C.

Inversión en las élites

En el año 77, Julio Agrícola, que ambicionaba subyugar toda la isla, inició sus seis años como gobernador de Britania. Al principio, se dedicaba a una política de moderación y conciliación. Gastó grandes cantidades en la obra civilizadora, erigiendo tribunales de justicia, viviendas y templos, y persuadiendo a los jefes de las tribus a entregar a sus hijos para que recibieran una formación romana culta. Sin embargo, Agrícola estaba también resuelto a establecer unas fronteras firmes en el norte y en el oeste, penetrando hasta la isla de Anglesey en la costa noroeste del País de Gales. Al norte de York, tierra de los Brigantes sin

conquistar, Agrícola construyó puntos fuertes y carreteras militares. Desde el año 79, Agrícola puso en marcha su campaña de conquista de Escocia. Salieron las águilas legionarias desde el gran campamento de Deva (hoy Chester) camino de Caledonia, es decir, Escocia, país que conquistó en una serie de campañas relámpago. El historiador romano Tácito

UN SIGLO DESPUÉS DE LA INVASIÓN ROMANA, BRITANIA YA CONSTITUÍA UNA PROVINCIA PARCIALMENTE PACIFICADA DEL IMPERIO

no tiene pelos en la lengua, a pesar de que escribía con referencia a Agrícola, su propio suegro. De Tácito, en una espezuznante descripción de la crueldad de la conquista romana, son estas palabras: [...] *ubi solitudinem faciunt pacem appellant* ("allí donde crean un desierto lo llaman paz").

Durante las décadas siguientes al desembarco de Aulo Plautio en Britania, los ejércitos de Roma llegaron a las extremidades de Escocia y del País de Gales,

pero Britania seguía siendo una provincia fronteriza, débilmente guarnecida, por lo cual no pocas veces un desastre militar o una rebelión como la de Boadicea amenazó con acabar con el dominio romano. Escocia tuvo que ser abandonada bajo el reinado del emperador Trajano, muerto en el año 117. Unos años después, su sucesor Adriano visitó Britania

donde, para defenderla de las tribus salvajes de Escocia, ordenó la construcción del mayor monumento romano existente en las Islas Británicas, el Muro que lleva su nombre, que se extiende por unos 110 km, del mar del Norte al mar de Irlanda, provisto de torres de señalización, blocaos a cada milla y fortalezas en puntos importantes.

Es decir, un siglo aproximadamente después de la invasión, Britania era ya provincia parcialmente pacificada del



El sol en un relieve en piedra arenisca en Northumberland. La representación es similar a la de Cristo, en el siglo IV, cuando se sustituyeron los rayos por el anagrama X-P.

perteneían a la nobleza de las tribus británicas sometidas. Fue produciéndose también un mercado para el pequeño agricultor, que se beneficiaba de las carreteras que le permitían acercarse a la ciudad vecina, con su mercado organizado y controlado. Los romanos conocían la rotación de cosechas y los métodos de crianza de animales. Enseñaron el cultivo de diferentes vegetales, nuevos para los *britannii* –como rábanos, guisantes, habas y apio– y frutas –cerezas, higos y moras–, de modo que el campesino indígena vio mejorado su nivel de vida. Las casas de piedra construidas por esos agricultores iban asemejándose a los de los funcionarios romanos y, conforme aumentaba la riqueza de sus dueños, se adornaban de yeso pintado y se amueblaban al estilo romano. Por eso la arqueología –tema en Inglaterra de programas televisados de enorme popularidad– ha encontrado en la isla hasta doscientas villas en el campo, con magníficos mosaicos y sistemas de calefacción central (hipocaustos), cuartos de baño, jardines, patios y dependencias destinados a los criados y esclavos. Se sitúan sobre todo en el sur de Inglaterra, la tierra baja y fértil donde la agricultura se sumaba el pastoreo.

Imperio, aunque necesitaba una gran guarnición, que contaba con tres legiones, destacadas estratégicamente: la II en Caerleon (Isca) en el sur de Gales, la XX en Chester (Deva) y la VI en York (Eboracum), apoyadas por unos setenta regimientos de auxiliares, reclutados en todo el Imperio.

Más tarde se produjeron cambios en la administración de Britania. Los emperadores Severo (h. 200), Diocleciano (h. 296) y Constantino (proclamado en

estableció la red de carreteras principales, que todavía existe. La A1, por ejemplo, une Londres con York, la A2 lleva desde la capital hasta Dover, la A5 se dirige como una flecha hasta Verulamium, nombrado así por encontrarse en el río Ver, y luego bautizado Saint Albans en recuerdo de Albanus, legionario cristiano mártir, y de allí hasta Chester –las terminaciones en *chester* o *caster*, tales como Lancaster o Winchester, significan *castrum* o campamento–. En Britania, los ro-

Termas y gladiadores

En cada ciudad se construyeron baños públicos, elemento integral de la civilización romana, al igual que los espectáculos teatrales y las luchas de gladiadores. La ciudad de St. Alban posee un anfiteatro construido en el siglo II, en forma de herradura de caballo, y hay otros ya excavados en Caerleon y Chester.

Este año se celebra el 1700 aniversario de la proclamación como emperador de Constantino, que posteriormente haría del cristianismo la religión oficial del Imperio. Anteriormente, los romanos, al conquistar los diversos pueblos, aceptaron sus dioses como si fueran manifestaciones de su propio panteón, con tal de que sus fieles no fuesen elementos subversivos, como eran los primeros cristianos o los sacerdotes druidas. Éstos formaban la espina dorsal religiosa de las tribus celtas de Britania y habían alentado la sangrienta sublevación de Boadicea, por lo que los romanos les masacraron. Los legionarios preferían adorar a Mitra, dios persa de la luz, uno de cuyos templos excavados puede visitarse en los sótanos de un edificio comercial de Londres. Las obras realizadas en Londres en

LOS ROMANOS MASACRARON A LOS DRUIDAS, QUE ALENTABAN LA SUBLEVACIÓN. LOS LEGIONARIOS PREFERÍAN ADORAR A MITRA

York en 306) dividieron Britania en diferentes provincias. Bajo Constantino, un vicario o delegado imperial con cuatro tenientes controlaba el gobierno civil, mientras el *Dux Britanniae*, el “conde de la orilla sajona” y el *Comes Britanniarum* eran respectivamente los títulos de los mandos supremos en tierra, mar y del ejército en campaña.

Mantener dominado este territorio exigía la construcción de carreteras. En el primer siglo de la ocupación romana, se

manos construyeron una red de unos trece mil kilómetros de carreteras y establecieron fortalezas y campamentos a distancias de aproximadamente 24 km entre ellos, la etapa de marcha diaria de una unidad militar romana.

La civilización romana era esencialmente urbana, de modo que, al ir construyéndose ciudades por toda Britania, se creó una población de funcionarios urbanos, algunos de los cuales eran romanos o de otras partes del Imperio, mientras otros

las últimas décadas han revelado importantes restos de época romana. El Támesis ha sido también fuente fructífera de hallazgos, ya que Londres era por entonces un puerto importante. Las más avanzadas técnicas de la geofísica se emplean hoy para revelar cada año nuevos hallazgos, que indican el alto nivel de colonización que se alcanzó en el sur de Inglaterra.

Ataques del norte

Al ir retirándose las legiones para hacer frente a las constantes amenazas en las fronteras del Imperio, las tribus sajonas establecidas en las costas de Holanda y de Escandinavia empezaron a realizar incursiones en las costas orientales de las Islas Británicas. Las tribus de Escocia y del norte de Irlanda organizaron asaltos que

los romanos a duras penas lograban resistir. Sin embargo, el año 410, el último soldado romano y el último administrador se habían marchado. El emperador Honorio envió un mensaje según el cual, en adelante, los *britannii* tendrían ellos mismos que defender sus hogares contra los bárbaros. Era el final de la Britania romana.

No era, por supuesto, el final de la influencia de Roma. Quedaban las carreteras, los nuevos productos agrícolas y, mientras había voluntad y agricultores, largas extensiones cultivables. Cincuenta ciudades amuralladas permanecían como legados de la presencia romana. La Iglesia cristiana, establecida en Inglaterra por san Agustín a finales del siglo V, mantuvo vivas la lengua y la literatura latinas. Incluso hasta mediados del siglo XX, el

programa normal de estudios de los futuros dirigentes del país eran las lenguas y filosofía grecorromanas, y la célebre *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, fue escrito entre 1736 y 1796 por el historiador inglés Edward Gibbon.

Y, por último, antes de que se construyeran los primeros ferrocarriles en Inglaterra, se empleaban ya raíles en las minas de carbón, con un ancho de vía de 145 cm, siguiendo los surcos hechos por los carros empleados por los romanos dos milenios antes. La combinación de la máquina de vapor con los carros sobre raíles creó en efecto el primer ferrocarril, cuyo ancho de vía sería igualmente de 145 cm en todo el mundo, excepto en España y Rusia. ■

EXPOSICIÓN: EL EMPERADOR ROMANO DE YORK

York, a 300 kilómetros de Londres, es sede del segundo arzobispado de la Iglesia anglicana. Fue en esa localidad, donde se encuentran por doquier restos romanos, donde Constantino fue proclamado emperador en el año 306. El nuevo mandatario había llegado, acompañando a su padre, el emperador Constancio, para reprimir una sublevación. Padre e hijo se detuvieron en Eboracum, nombre romano de York. Allí Constancio murió de repente, tras lo cual los legionarios de la VI Legión aclamaron a su hijo como sucesor.

Años más tarde, Constantino vio aparecer en el cielo las letras griegas *chi* y *rho*, símbolo de Jesucristo. El emperador se sometió al bautismo y en adelante cesaron las persecuciones a las que los cristianos del Imperio estaban sujetos. Un fragmento de papiro que contiene unas líneas en las que Constantino describe su visión, se preservó en el desierto casi dos mil años. En la actualidad es propiedad de la British Library, que lo ha prestado al Yorkshire Museum, donde se han reunido centenares de objetos procedentes de 36 museos y colecciones particulares de toda Europa para una exposición sobre el emperador y el pasado romano de Gran Bretaña. Del mismo York procede una cota de malla, perteneciente a un soldado auxiliar de la guarnición romana de la ciudad, encontrada cuando se excavó un cuartel. También se encontró en una fosa, un maltratado busto, que representa



Constantino con la Cruz, en una ilustración de la *Synopsis Historiarum Constantinopoleos*, de 1574 (Londres, Museo Británico).

al emperador Constantino, junto con un mojón de carretera de la misma época, cuya inscripción reza: “Para el emperador Caesar Flavius Valerius Constantinus...”.

La belleza de un tesoro encontrado cerca de Edimburgo y exhibido en esta muestra refleja el alto nivel de civilización y cultura de estos primeros cristianos legales que habitaban una región —Escocia— normalmente no asociada con la colonización romana. Delicados objetos de plata, joyas, monedas, pinturas murales y mosaicos dan fe de una vida de lujo y a la vez cristiana, ya que muchos de estos objetos llevan el monograma *chi-rho*.

Años más tarde, en 325, Constantino convocó el célebre Concilio de Nicea, donde los obispos acordaron establecer la versión del credo llamada “el símbolo niceno”.

La historia de Constantino y el cristianismo es bien conocida, pero es importante resaltar, como hace esta exposición, la casualidad de que Constantino se encontrara en York cuando murió su padre. Por ello, en el 1700 aniversario de su proclamación, se rezará un oficio de acción de gracias en la catedral de la ciudad.

M. A.

Constantino el Grande,
Emperador proclamado en York
Yorkshire Museum, York
(www.constantinethegreat.org.uk).
Abierta hasta 29 de octubre.

Constantino y la implantación del CRISTIANISMO

Aunque no se bautizó hasta su muerte y mantuvo la tolerancia religiosa, Constantino apoyó progresivamente al cristianismo, que tuvo un desarrollo espectacular y comenzó a influir en todos los ámbitos de la vida del Imperio. JUAN MARÍA LABOA explica el acercamiento entre trono y altar

En el monumental atrio de la Basílica de San Pedro de Roma se encuentra un imponente Constantino a caballo que recuerda su vinculación con la primitiva Iglesia y su participación en el desarrollo del cristianismo. De hecho, en no pocas historias del cristianismo, su periodización tiene en cuenta el antes y el después del reinado de Constantino el Grande.

La sangrienta persecución de Diocleciano no cumplió los propósitos del emperador, porque el cristianismo había conseguido ya una fuerza social suficientemente importante y su persecución sólo debilitaba un Imperio que, precisamente, Diocleciano pretendía recomponer y fortalecer con su organización de la tetrarquía. El cristianismo había adquirido prestigio y el número de sus seguidores aumentaba imparablemente gracias a la generosidad y coherencia de sus vidas, a su sentido fraternal y comunitario, al arrojo de sus mártires y a la fascinación de su doctrina. Además, el hecho de la persecución sometía a los candidatos a una selección inexorable, que daba a las comunidades cristianas un porcentaje de miembros de

JUAN MARÍA LABOA es historiador, autor de la *Historia del Papado*.



Constantino confiere la **supremacía de la Iglesia** y el Gobierno de Occidente al papa Silvestre.

alta calidad, como acaso no se ha vuelto a dar en la historia de la Iglesia.

Fue Galerio, uno de los que había iniciado la persecución, quien con el Edicto de Tolerancia de 311, publicado en Sárdica, decidió iniciar un nuevo orden en la situación religiosa de todo el Imperio, para que la paz religiosa así lograda redundara en bien del Estado y de la tetrarquía que, todavía, lo gobernaba. En realidad, influyó también el convencimiento de que resultaba imprescindible, en aquella situación de división del Imperio, conseguir el apoyo de los cristianos.

Constantino se adhirió a esta política de

reconocimiento del cristianismo bien por la tradición tolerante de su familia, bien a causa de un sueño anterior a la batalla, en el que se le anunciaba la victoria sobre Majencio si colocaba el monograma de Cristo en los escudos de los soldados y en el lábaro imperial, bien por el convencimiento de que el paganismo se encontraba profundamente debilitado y degradado. En cualquier caso, sus tropas victoriosas, al entrar en Roma, no visitaron el capitolio ni ofreció el tradicional sacrificio a Júpiter, dando a entender, así, que debía su victoria a un dios distinto.

En febrero de 313, Constantino y Licinio se reunieron en Milán para deliberar sobre la

nueva situación política creada por la victoria del primero, a la vez que se celebraba la boda del segundo con Constancia, hermana de Constantino. Decidieron ambos césares que todos los ciudadanos, incluso los cristianos, tendrían entera libertad de seguir la religión que quisieran, pero, a continuación, aprobaron una serie de disposiciones particulares en favor de la Iglesia cristiana que superaba con mucho la mera tolerancia. Se reconocía por primera vez su capacidad jurídica y se determinaba que todos los edificios en los que antes de la persecución los cristianos celebraban sus reuniones, es decir, templos



Constantino y su madre, santa Elena, en un fresco de estilo bizantino del Monasterio de Sucevita, Moldavia, Rumania.

y cementerios, así como las propiedades de la comunidad, debían serles devueltos sin indemnización. A este conjunto de determinaciones se le conoce en la Historia con el inexacto nombre de *Edicto de Milán*, pues, aunque su aprobación se produjo en Milán, su primera puesta en práctica se dio en dos edictos que Licinio publicó después de su victoria sobre Maximino Daya y que estaban destinados a la parte oriental del Imperio.

Fin del desencuentro

Terminaba así un largo período de desencuentro y de persecución entre el Estado y la nueva religión, entre unos emperadores con formas de poder cada día más

agudamente orientales, divinizados y profundamente celosos de sus atribuciones, y un Dios encarnado, profundamente cercano a los hombres, que, aparentemente, parecían excluirse, a pesar de que Jesús había afirmado que tanto el César como Dios tenían sus ámbitos delimitados.

Constantino mantuvo, a lo largo de su reinado, la tolerancia para con todas las religiones, pero, al mismo tiempo, apoyó progresivamente de tal manera al cristianismo que su desarrollo resultó espectacular y su influjo social se afianzó en todos los ámbitos. No cabe duda de que todo el proceso se debió a un cambio anímico y a una intuición política del emperador. Por lo que sabemos, la evolución

personal de Constantino hacia el cristianismo fue genuina, aunque resulte más difícil afirmar que se tratase de una conversión en el sentido más propiamente cristiano. Sólo se bautizó en la cercanía de su muerte, pero todo hace pensar que fue sincero en su aceptación de la divinidad de Cristo y de su mensaje evangélico. Al mismo tiempo, su intuición sobre la creatividad, la generosidad y la capacidad de los cristianos le hizo ver que el paganismo ya no podía ser por más tiempo la argamasa del Imperio, sino que sería el cristianismo la religión que ventajosamente podía ocupar su lugar. El objetivo, pues, de Constantino fue asirse a un nuevo principio de integración política.

DOS VISIONES DE LA CONVERSIÓN

VERSIÓN CRISTIANA

La lucha se inició y los soldados de Majencio tuvieron ventaja hasta que Constantino, con renovado coraje y dispuesto a todo, acercó sus tropas a la Ciudad (Roma) y se situó en las proximidades del Puente Milvio. Se acercaba la fecha del aniversario de la ascensión de Majencio al poder, el 27 de octubre, y sus fiestas quinquenales tocaban a su fin. Constantino fue advertido, durante un sueño, de que marcarse en los escudos el signo celeste de Dios y se lanzara de esta manera al combate. Obedece el mandato y marca el nombre de Cristo en los escudos con una X atravesada por una raya perpendicular, curvada en círculo en su parte superior. Protegido, por este signo, el ejército toma las armas. El enemigo sale a su encuentro sin la presencia del emperador y cruza el puente. Los dos ejércitos cargan uno contra otro; por ambas partes se pelea con enorme violencia: ni a los unos ni a los otros se les ve huir.

Un motín estalló en la ciudad donde se califica al emperador de desertor y de traidor a la salvación nacional. Cuando apareció en público, pues estaba dando juegos de circo en honor de su aniversario, el pueblo de inmediato gritó al unísono que Constantino no podía ser vencido. Enfadado por esos gritos, deja el lugar, llama a algunos senadores y manda consultar los libros Sibílicos y se encuentra que en aquel día morirá el enemigo de los romanos. Este oráculo despierta en él la esperanza en el triunfo. Se pone en camino y alcanza el campo de batalla. El puente es cortado a su espalda.

La batalla se recrudece con esta visión y la mano de Dios se extiende sobre el combate. El ejército de Majencio es presa del miedo; él mismo emprende la huida corriendo hacia el puente que estaba cortado. Empujado por la masa de fugitivos se precipita en el Tíber. Al fin se terminó esta guerra atroz. Tuvo lugar el 28 de octubre de 312 y no el día 27.

Lactancio, *De mortibus persecutorum*, 44.

VERSIÓN PAGANA

Una vez que el Imperio entero estuvo bajo su único dominio, Constantino ya no ocultó el fondo malo de su naturaleza, sino que se puso a actuar sin contención en todos los dominios. Utilizaba todavía las prácticas religiosas tradicionales menos por piedad que por interés, y, así, se fiaba de los adivinos porque se había dado cuenta de que habían predicho con exactitud todos los sucesos que le habían ocurrido, pero, cuando volvió a Roma, henchido de arrogancia, decidió que su propio hogar fuese el primer teatro de su impiedad. Su propio hijo, honrado, como se ha dicho antes, con el título de César, fue en efecto acusado de mantener relaciones culpables con su madrastra Fausta y se le hizo perecer sin tener en cuenta las leyes de la naturaleza. Además, como la madre de Constantino, Elena, estaba desolada por esa desgracia tan grande y era incapaz de soportar la muerte del muchacho, Constantino, a modo de consuelo, curó el mal con un mal mayor: habiendo hecho preparar un baño más caliente de la cuenta y habiendo introducido en

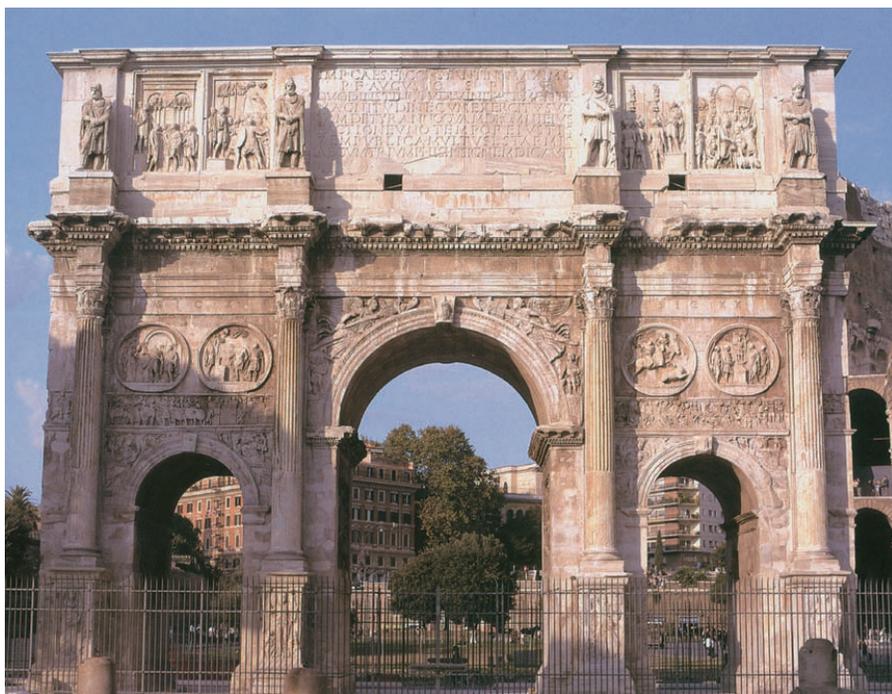
él a Fausta, la sacó de allí muerta. Íntimamente consciente de sus crímenes, así como de su desprecio por los juramentos, consultó a los sacerdotes sobre los medios adecuados para expiar sus felonías. Ahora bien, mientras que éstos le habían respondido que ninguna suerte de purificación podía borrar tales impiedades, un egipcio llegado a Roma desde Hispania y que se hacía escuchar por las mujeres hasta en la Corte, se entrevistó con Constantino y le afirmó que la doctrina de los cristianos estipulaba el perdón de todo pecado y prometía a los ímpios que la adoptaban la absolucón inmediata de toda falta. Constantino prestó un oído complaciente a este discurso y rechazó las creencias de los antepasados; luego, adhiriéndose a las que el egipcio le había revelado, cometió un primer acto de impiedad, manifestando su desconfianza con respecto a la adivinación. Porque, como le había predicho un éxito grande que los acontecimientos habían confirmado, temía que el porvenir fuera igualmente revelado a los demás que se afanaban en perjudicarlo. Es este punto de vista el que le determinó a abolir estas prácticas. Cuando llegó el día de la fiesta tradicional, en el curso de la cual el ejército debía subir al Capitolio y cumplir allí los ritos habituales, Constantino tomó parte en ellos por temor a los soldados; pero, como el egipcio le había enviado un signo que le reprochaba duramente el subir al Capitolio, abandonó la ceremonia sagrada, provocando así el odio del Senado y del pueblo.

Zósimo, *Historia Nueva*, 11, 29.

Se multiplicaron las conversiones, pero se relajaron las exigencias para el bautismo. Aumentó el número, pero la masa cristiana resultó más mediocre, pues muchos de los nuevos cristianos lo fueron por las ventajas sociales y profesionales que ello conllevaba. El catecumenado, importante barrera que filtraba los candidatos y los dotaba de una formación doctrinal y moral admirable, se redujo en tiempo y bajó su listón de exigencia. No obstante, aumentaron, también, los candidatos interesantes, santos, intelectuales, capaces de enriquecer una institución con pretensión de universalidad y de influjo.

El relieve social del cristianismo aumentó porque cristianos de ingenio y capacidad estuvieron presentes en todos los ámbitos, porque eran bien vistos por el poder y por el pueblo, pues los emperadores fueron cristianos. El poder político reconoció la importancia del oficio episcopal, hasta el punto de que un laudo o arbitrio del obispo tenía también valor civil. De decisiva importancia fue la Ley Dominical de 321, que ordenaba el descanso de los tribunales y de obras manuales “en este día venerable”. La legislación constantiniana reconoció un estatuto y un rol particular a la Iglesia en el ámbito público y otorgó al “cuerpo de los cristianos” la capacidad de recibir donaciones y herencias. En general, no pocas nuevas leyes señalaban un espíritu nuevo que puede ser considerado como un parcial influjo de las disposiciones evangélicas.

El clero se benefició de un tratamiento de favor, con exención de cargas públicas, con inmunidades y privilegios que, si bien, compartía con los sacerdotes paganos, adquirirían mayor relevancia dado



Arco de Constantino en Roma. El emperador construyó también cuatro basílicas: Santo Sepulcro de Jerusalén, San Juan de Letrán, San Pedro y San Pablo, en Roma.

el número, la dedicación y el espíritu de cuerpo del clero cristiano.

Constantino levantó cuatro basílicas emblemáticas para la historia del cristianismo: la del Santo Sepulcro en Jerusalén y las de San Juan de Letrán, San Pedro y San Pablo en Roma. Se trataba de edificios suntuosos que rivalizaban con los grandes monumentos romanos, ofreciendo al cristianismo una presencia relevante también en el horizonte estético y artístico de las ciudades del Imperio. En el año 325, Constantino ordenó al obispo de Jerusalén, Macario, que se preocupara porque el conjunto monumental del Santo Sepulcro

fuera el edificio más extraordinario de todo el Imperio. Para conseguirlo no reparó en gastos ni dudó en arrasar el importante templo de Afroditá.

Poder y arquitectura

La construcción de éstas y otras muchas iglesias, consecuencia del culto manifiesto de una religión tolerada y pública tuvo su efecto en la liturgia cristiana, aumentando su complejidad, solemnidad, elaboración y riqueza. Expresaba la permanente devoción de la comunidad pero, también, su nueva situación.

Aunque no puede afirmarse que el cristianismo fuera religión de Estado en tiempos de Constantino y de sus hijos, no cabe duda de que, ya en 325, las relaciones entre cristianismo y emperador eran íntimas e intrincadas. Eusebio de Cesarea, consejero áulico de Constantino, elaboró una construcción conceptual que relaciona ambas instituciones íntimamente: “Donde existe la poliarquía, es decir, la situación anterior a Augusto, allí existe politeísmo y, por consiguiente, superstición; pero, donde domina la monarquía, el señorío único del emperador romano sobre la ecumene, allí encontramos un solo Dios que está sobre todo y allí encontramos la verdadera piedad”.

Poco a poco, los que hoy llamamos teólogos elaboraron una idea del Imperio.



Paneles hallados en un enterramiento cristiano en Egipto, que representan una figura masculina y una femenina, probablemente Adonis y Afroditá, que anticipan el estilo copto.



El **Concilio de Nicea**, convocado en el palacio de verano de Constantino el año 325, condenó la doctrina arriana. Fresco del siglo XVI conservado en la iglesia de San Martino in Mon, Roma.

Para situarnos, deberíamos imaginar la enorme impresión que los cristianos experimentaron al contemplar un emperador cristiano pocos años después de una sangrienta persecución. Surgió así una nueva interpretación teológica de la realidad del Imperio, diseñada, sobre todo, por Eusebio de Cesarea. Según esta elaboración, que indudablemente conoció Constantino, el emperador debía imitar al *Logos* en su gobierno de los asuntos terrenales. Así como Cristo venció a los demonios, el emperador debía vencer a los enemigos de la verdad. El emperador, imitando a Cristo, debía ser el pregonero del verdadero conocimiento de Dios y del reino de Dios. Cristo introduce a los hombres en el reino del Padre y el emperador, a su imitación, purificando el mundo de su error primitivo, introduce a los hombres en la Iglesia, preocupándose de su salvación. El emperador prepara el Imperio para entregarlo a Cristo, quien, a su vez, lo entregará al Padre.

Una variante, que en realidad, no resultaba tan novedosa, pero que influiría peligrosamente a lo largo del tiempo, se-

ñalaba que el emperador era el vicario de Dios Padre en la tierra, así como Cristo lo era en el cielo. En esta visión, el emperador se convertía en una parte del plan de la salvación y en un instrumento de la misma. En una ocasión solemne, dirigiéndose a los obispos, Constantino les señaló que él era el “obispo de los asuntos exteriores”.

Es decir, por una parte, no parece que podamos encontrar en Constantino grandes cambios en relación a la idea de Imperio propia de sus predecesores. Como ellos, estaba firmemente convencido de haber sido señalado por una designación divina que sustentaba su autoridad y de tener el deber de llevar a Dios a los hombres y, probablemente, por esta razón no quiso formar parte de la Iglesia mientras gobernaba, ya que en tal caso se hubiera convertido en un fiel más, quedando sometido a los obispos en la disciplina eclesiástica. Pero la revolución que él desarrolló—con tacto, con cautela, muy al tanto de la situación concreta—consistió en reforzar la unidad del Imperio universal con otra ideología, también ecuménica,

por definición católica, es decir, la cristiana, que respondía mejor que cualquier otra de las entonces existentes a las exigencias de la cultura político-religiosa de un estado carismático, capaz de convocar concilios y de legislar en materia moral, y que concebía al soberano como un celeste mensajero de Dios.

El problema de la desunión

Sin embargo, el emperador se encontró con una dificultad inesperada que pudo desestabilizar su pretensión. Los cristianos no se encontraban tan unidos como podía suponerse; por el contrario, se enfrentaban a una situación de desconcierto y fuertes enfrentamientos doctrinales y organizativos. Por una parte, el cisma donatista surgido en Cartago se había extendido por el norte africano con ramificaciones en Europa, implicando en una lucha sin cuartel a buena parte de la población. Por otra, en las escuelas teológicas se debatía a golpe de argumentos cómo podía conciliarse la absoluta unicidad de Dios con el hecho de ser tres personas y, también, cómo se integraban en Cristo sin confundirse su divinidad y su humanidad.

Constantino no estaba dispuesto a debilitar más el Imperio ni a perder su confianza en un cristianismo capaz de cohesionarlo, de forma que puso todos sus medios para salvar la situación. Organizó dos concilios célebres, el de Arlés (314), en Galia, y el decisivo de Nicea (325), junto a su palacio asiático de verano, con el fin de debatir y solucionar los problemas. El emperador no entendía ni valoraba las sutilezas teológicas y llegó a calificar de “fruslerías, de necia, fútil disputa sobre palabras” a los problemas teológicos implicados en el debate.

Los obispos reunidos en Nicea dieron un paso decisivo en la elaboración del credo que todavía hoy todos los cristianos recitan en la liturgia, y Constantino consideró, con optimismo infundado, que el escollo había sido superado. En el banquete final que el emperador ofreció a los obispos, algunos de éstos, marcados por los sufrimientos de la persecución, consideraron que el reino de los cielos comenzaba a instaurarse en la tierra. En realidad, no parecía que el reino de los cielos pudiera instalarse con obispos reclinados en triclinios del palacio imperial, pero no cabía duda de que el hecho señalaba una nueva época cultural y religiosa en el Imperio.



San Gregorio escribe ante la tumba de Constantino. La herencia religiosa del emperador resistió al ataque politeísta de Juliano el Apóstata (Manuscrito medieval, Biblioteca de El Escorial).

Sin embargo, no respondería a los hechos históricos la consideración de que el cristianismo se impuso gracias al apoyo constantiniano. Por importante que éste fuese, la expansión cristiana era imparable, tal como lo demostró la contraofensiva fracasada de Juliano el Apóstata (361-363). Orígenes, Tertuliano, Cipriano, Lactancio, Atanasio, Hilario, Ambrosio, Agustín y tantos otros fueron los nuevos representantes de la *romanitas* cultural tradicional, aunque con nueva sabiduría y presupuestos. El paganismo fue diluyéndose por decrepito y los nuevos ritos orientales, que hubieran podido sustituirlo, no consiguieron la fuerza suficiente. Sólo el cristianismo manifestó la creatividad, la pasión, la suficiente entrega al ideal y la universalidad, factores singularmente eficaces para su triunfo final.

La conversión de Constantino y su apoyo consiguiente favorecieron, ciertamente, este ímpetu, pero, en realidad, al tolerar primero y dar luego la preferencia al cristianismo, no hizo sino comprender la victoria lograda ya de hecho por el cristianismo.

Otro tema debatido y complejo es el que no pocos han pensado a lo largo de los siglos: la afirmación de que este apoyo imperial acabó desfigurando algunos rasgos típicamente cristianos, al convertir al cristianismo en religión estatal, es decir, al compaginarlo con el mundo, mezclando la autoridad profana y la eclesiástica y utilizando el poder terreno en el cumplimiento de su mandato misional. En cualquier caso, en el estudio de este tema, conviene tener en cuenta que, ya desde los primeros decenios del siglo III, los frecuentes contactos entre adeptos de la religión cristiana y representantes del poder romano permiten reconocer claramente una evolución que conducirá al mutuo reconocimiento y colaboración de ambas comunidades.

Es verdad que el nacimiento de los solitarios del desierto y la formación de las organizaciones monásticas en Egipto y Siria pueden ser consideradas como una silenciosa protesta por un cristianismo menos exigente y más frívolo, pero resulta difícil imaginar un cristianismo masivo con el mismo nivel de exigencia y cohe-

rencia del vivido en los dos primeros siglos. El número de santos y genios siempre ha sido pequeño y toda masificación comporta mediocridad y mayores dosis de incoherencia.

La tentación del poder

El problema más grave de los planteados durante la nueva época de apoyo y de “confesionalización” de la sociedad fue el de la necesidad de buscar una postura equilibrada con respecto a la nueva relación entre la Iglesia y el Estado. Para muchos obispos, sobre todo de Oriente, después de tan larga opresión, hubo de ser una tentación arrimarse al sol imperial y perder así su libertad. Más peligrosa era la tendencia imperial de no tratar a la Iglesia como parte *sui generis*, sino de ponerla al servicio de los intereses del Estado y ahogar así su libertad y necesaria independencia en su propia vida interna. Las ambigüedades del cristianismo constantiniano pueden ser atribuidas no a un perverso deseo de manipulación sino a la enorme dificultad de romper con el pernicioso hábito de la vida y del pensamiento clásico, de entromisión y manipulación de la religión. Se daba, además, el deseo natural, por parte de los eclesiásticos, de transigir en todo lo posible con los deseos de su poderoso patrocinador. Es decir, a pesar del cambio de circunstancias, permanecía vigente la cuestión, de vital importancia, acerca del entendimiento y aplicación del principio de Cristo de dar al César cuanto le corresponde y a Dios, lo que es de Dios. ■

PARA SABER MÁS



- BAJO, F., *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio*, Madrid, Akal, 1990.
- BLÁZQUEZ, J. M., “Constantino el Grande y la Iglesia”, *Jano*, 109, 1974.
- GIBBON, E., *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano, II. Desde la renuncia de Diocleciano a la conversión de Constantino*, Madrid, Turner, 1984.
- RÉMONDON, R., *La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio*, Madrid, Labor, 1967.
- SAYAS ABENGOCHEA, J. J., “Constantino y la dinastía constantiniana”, en J. M. ROLDÁN, *Historia de Roma*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1995.
- VOGT, J., *La decadencia de Roma. Metamorfosis de la cultura antigua (200-500)*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968.
- http://es.wikipedia.org/wiki/Constantino_I_el_Grande
- Filmografía: *Constantino el Grande*, 1962. Dirigida por Lionello de Felice. Interpretada por Cornell Wilde, Belinda Lee, M. Serato y Ch. Kaufmann.